

## X- EL MITO NO ES UN ACONTECIMIENTO HISTÓRICO COMO TAL.

Lo más fácil es comprender la historia como una serie de *hechos* vinculados entre sí por nexos causales. Pero para la comprensión del mito esto aporta muy poco. Los hechos en sí son sordos y mudos. Los hechos *no comprendidos* ni siquiera son la historia. La historia es siempre historia de los hechos comprendidos o comprensibles (además, naturalmente comprendidos o comprensibles desde la perspectiva del ser personalizado). En el proceso histórico se pueden distinguir tres estratos.

1. En primer lugar, tenemos frente a nosotros *el estrato natural-material*. La historia es, en efecto, una serie de ciertos hechos que se influyen recíprocamente a través de nexos causales, se provocan unos a otros y se encuentran en comunicación espacial-temporal multilateral. Alguien combatía a alguien, después fue la destrucción del país, después sucedieron otros mil hechos, etc. Mientras la historia sea la historia de estos hechos, ni siquiera es historia en absoluto. Estos son materiales crudos, que bajo la condición de la introducción en ellos de unos puntos de vista completamente nuevos, *pueden* convertirse en materiales históricos. Todas estas tablas estadísticas y cálculos de porcentaje, como tales, no tienen nada que ver con la historia. La constatación de edictos, disposiciones y decretos puros; el cálculo de la cantidad y del carácter de los tributos o impuestos; la descripción del curso de operaciones bélicas, de la colonización, de toda clase de equipo técnico, etc, etc -todo esto no tiene ninguna relación con la historia, si estos hechos se toman como hechos, aunque sea en su nexo causal. La historia no es la naturaleza y no se desarrolla según el modelo de procesos naturales. La naturaleza es mucho más abstracta, más simple y más mecánica que la historia. *Y no es la historia un momento de la naturaleza, sino siempre la naturaleza es un momento de la historia*. Puesto que nadie nunca percibe la naturaleza pura fuera de la historia. Siempre descansa sobre ella una densa capa de intuiciones de la época dada, y la eliminación de estas últimas conduce a la naturaleza no como objeto de la percepción humana habitual, sino a la naturaleza como fórmula abstracta del pensamiento científico. Esta fórmula tiene que ver no con nosotros, sino con nuestra razón solamente. Y es necio colocar a la razón en una posición tan privilegiada que todo lo demás calle frente a ella. Objetarán: no es la naturaleza la que es histórica de por sí, sino nuestro *sujeto* el que la hace tal, atribuyéndole unas u otras cualidades según el carácter de la época en que vive el sujeto. Bueno, basta ya de fornicar con el lenguaje. Dale con el sujeto... Esta objeción no es convincente en absoluto. Supongamos que es subjetivo ¿Pero qué en la naturaleza es *objetivo*? ¿La materia, el movimiento, la fuerza, los átomos, etc? ¿Pero por qué? Las nociones de materia, de movimiento, de fuerza, de átomos, también cambian, como otras construcciones subjetivas nuestras. En diferentes épocas son completamente diferentes. ¿Entonces, por qué usted no habla del subjetivismo en general, pero cuando yo comencé a hablar de que la naturaleza

es alegre, triste, afligida, majestuosa, etc, usted de repente me acusa desubjetivismo? Es en este punto donde se destapa que detrás de cualquier «objetivismo» de este tipo se oculta una doctrina propia, más exactamente, simplemente caprichos metafísicos y toda clase de simpatías y antipatías. Cualquiera que se enamore de algo ensalza la objetividad respecto al objeto de su amor. Ustedes están enamorados de un agujero hueco y negro, lo llaman «universo», lo estudian en sus universidades, lo idolatran en sus templos paganos. Ustedes viven de la fría lujuria del espacio universal petrificado y se mutilan en la negra cárcel de sus ciencias naturales nihilistas, construida por ustedes mismos. Yo, en cambio, amo el cielito turquesa-turquesa, azul-azul, profundo-profundo, entrañable, querido, puesto que también Sofía, la Sabiduría Divina, es azul-azulita, profunda, entrañable, querida. ¡Pero, vaya que no vale la pena explicar más!... En una palabra, la historia no es reducible a la naturaleza; al contrario, la naturaleza misma se vuelve comprensible a través de la historia. La historia no son hechos simplemente, ni siquiera los hechos colocados en dependencia recíproca causal. Sobre semejante «historia», no se puede construir ningún mito, si acaso un espantajo cualquiera...

«¿Cuida el sol de la tierra? Esto no se deduce de nada: él la «atrae de forma directamente proporcional a las masas e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia»

De esta manera, la primera respuesta de Copérnico sobre el sol y la tierra fue tonta.

Simplemente - tonta.

El «calculó». Pero yo considero tonto el «cálculo» aplicado a un fenómeno moral.

Su respuesta fue simplemente *tonta*, inservible.

A partir de la respuesta tonta de Copérnico a la pregunta moral en torno del planeta y del sol, comenzó la trivialidad del planeta y la desolación del cielo.

«Naturalmente, la tierra no es cuidada por el sol, sino sólo atraída según los cubos de las distancias»

!Fu! (V. V. Rozanov)

2. En segundo lugar, por cuanto la historia es el devenir de los hechos *comprendidos*, los hechos de *comprensión*, ella además es siempre uno u otro tipo de *consciencia*. En este punto por primera vez se traza un límite bien demarcado entre la naturaleza y la historia. No voy a refutar los interminables reproches de «subjetivismo», de «idealismo», de «metafísica» y otros. Es aburrido. Quien no asimila las nociones de «objetividad», de «consciencia» y de «comprensión», en balde lee mis reflexiones y en vano pierde su tiempo en el estudio de los problemas del mito y de la historia. Los hechos de la historia deben ser de una u otra manera hechos de la consciencia. En la historia no nos valemos de hechos como tales, sino de una u otra estructura dada por medio de una u otra

## DIALECTICA DEL MITO

comprensión. El montón de hechos que constituye, por ej., la época del viraje cultural de Rusia en el siglo XVII debe ser interpretado de nuevo, de modo que se obtenga realmente un viraje cultural y no puros hechos, como, por ej., la pintura occidental en las casas de los boyardos, o el arrabal alemán en las cercanías de Moscú. Todos estos hechos, como hechos de por sí, no significan completamente nada en el sentido histórico. Ellos deben ser abarcados por una cierta concepción general que en ellos mismos se contiene pero que no surge de su simple suma. La visión histórica generaliza estos hechos y los ve *in specie*<sup>63</sup>. Esta «specie» dinámica es justamente el auténtico objeto de la historia.

¿Qué es lo que ella dará al mito? Por supuesto, ella es incomparable, en este sentido, con el primer estrato. Mientras el primer estrato, se puede decir, es amítico, el segundo estrato le aporta al mito su *material fáctico* y le sirve de una especie de arena donde se representa la historia mítica. Con su ayuda podemos *ver* el mito, ver los hechos auténticamente históricos. Mientras estamos en el primer estrato, analizamos las pinturas aisladas que fueron empleadas en la preparación del cuadro, el lienzo sobre el cual está pintado, analizamos químicamente y físicamente todas las sustancias de que consiste el cuadro. Con todo esto ni siquiera hemos tocado el cuadro como tal. Pero he aquí que hemos *mirado* al cuadro como un *todo*, lo hemos percibido en una concepción única, hemos visto los claroscuros, los colores, las figuras, olvidándonos de la química y de la física. Esto significa que hemos pasado al segundo estrato. De manera análoga, en la historia mítica hemos comenzado a ver personas vivas y hechos vivos; el cuadro histórico se convierte en un todo visible y palpable. Ya no es un decreto o un edicto muerto que tenemos frente, sino su significado histórico real, el influjo que efectivamente ejerció sobre la vida estatal y social; no una colección de documentos y cartas de un hombre de estado, sino el hombre mismo que se expresó en estos documentos y cartas. Golpear al aire con un látigo es una *ocupación frívola y abstracta*; pero, por ej., la azotaina de campesinos y esclavos es una manifestación de una idea *concreta*, puesto que aquí tenemos una comunicación real de personas que se comprenden mutuamente. Existen, naturalmente, distintos grados de concreticidad de ideas históricas. Es más bello quemar a los hombres en hogueras que fusilarlos, lo mismo que el gótico es más bello y concreto que los cuarteles modernos, el tañido de las campanas más bello que los chillidos de los automóviles, y el platonismo -más bello que el materialismo. Tales son las funciones «pictóricas» de este segundo estrato del proceso histórico.

Pero para el mito, no sólo la historia en el sentido común es «histórica». Es histórica toda personalidad, toda comunicación personal, todo rasgo o acontecimiento más ínfimo de la personalidad. Es especialmente nítida la sensación del historismo universal en el cristianismo. En el paganismo que surge sobre la deificación del cosmos, no existe, estrictamente hablando, el historismo<sup>64</sup>. El platonismo pagano es un sistema ahistórico al máximo. Aquí la historia y la sociología mismas son parte de la astronomía. En el cristianismo, que surge

---

63 En latín en el original. -en particular- N. redactor en ruso.

64 Estq, entre otras cosas, lo demostré en «Ensayos». I. P 792-794.

sobre el culto de la personalidad absoluta, absolutamente toda minucia tiene carácter histórico y personalizado. Y en especial, la experiencia del historismo místico es sentida por el monacato cristiano. Para un monje no existen cosas indiferentes. El monje lo siente todo como historia, y, justamente, como la historia de su salvación y de la salvación universal. Sólo el monje es universalista en el sentido del historismo universal, y sólo el monje profesa el historismo sin estar servilmente atado a aquello que el vulgo y la calle consideran «historia». El sabe ubicar su personalidad y sus afectos personales en el lugar correcto; y sólo el monje no es un filisteo. Sólo el monje comprende correctamente y con profundidad suficiente la vida sexual; y él solo conoce la profundidad y belleza del alma femenina. El solo siente la profundísima antinomia de la continuación del género humano desconocida tanto por el lujurioso como por el que vive en una unión conyugal «legítima» moderada. Escribe el asceta más grande, el maestro universal del monacato: «alguien me contó sobre el grado extraordinario y supremo de la *castidad*, él dijo: «Un hombre [ el santo Non, obispo de Iliopol; ver Cheti-Minei Oct 8], contemplando la belleza femenina glorificó en esto al Creador y de una sola mirada quedó sumido en el amor a Dios y en la fuente de las lágrimas. Y era maravilloso ver que, lo que para otro sería el abismo de la perdición, para él, de manera sobrenatural, se hizo aureola». Y tal hombre, si en casos semejantes tiene *el mismo sentimiento y actuación, antes de la resurrección universal ya ha resucitado incorrupto*»<sup>65</sup> ¿Acaso se puede comparar la delicadeza y profundidad de la contemplación del monje con el filisteísmo de aquello que se llama la vida «mundana»? ¿Acaso alguien, además del monje, puede comprender que el auténtico monacato es matrimonio, y el matrimonio auténtico es monacato? ¿Acaso alguien puede ver la historia, la auténtica, verdadera historia del espíritu, con sus revoluciones y guerras desconocidas por el mundo, en el bienaventurado silencio del cuerpo y del alma, en la sutil sensación del influjo de pensamientos sobre la circulación sanguínea, en la lucidez de ideas durante el ayuno, en la especial, inefable, ligera delgadez del cuerpo, en la dulzura de la abstinencia, en la fragante oración del corazón abierto? Todo es mediocre comparado al monacato, y cualquier hazaña es filisteísmo en comparación con él. Sólo tú, hermana y novia, virgen y madre, sólo tú, devota y monja, has conocido la vanidad del mundo y la sabiduría del renunciamiento a los males de mujer, sólo tú, delgada y pálida, has conocido el secreto de la carne y la historia auténtica del hombre carnal. Sólo tú, frágil y entrañable, eterna y serena, fatigada y conmovida, has conocido por el ayuno y la oración lo que es el amor, el renunciamiento a sí misma y la iglesia como cuerpo. Recuerdas: allí, en el convento, esta alegría percibida para siempre, y aquí, en el mundo, esta nuestra angustia:

*Veo los ojos tuyos, la infinita,  
bajo la mirada tuya el alma se derrite...  
Oh no te vayas, mi única y fiel,  
rodeada de alegrías desvanecientes,  
alegrías concedoras de  
Todo.*

---

65 San Juan Clímaco. *Escala*. Serguiev Posad, 1894. p 140 (en ruso).

Y esto es la historia, la alegría y el dolor vivos, palpitantes de destinos históricos... Pero -no olvidemos- es la historia de los *mitos*, la historia para el sujeto mítico, la historia y el destino del ser *míticos*. ¿Pero en su opinión el mito es una invención, no es cierto? Bueno, pues, no tiene de qué preocuparse... ¿Usted cree que otros mitos «históricos» son menos peligrosos o no tan importantes? Con mucho gusto les doy un ejemplo. Una vez presté atención al hecho de que los moribundos unos minutos, horas ( a veces días también) de repente clavan su mirada en un punto del espacio que en condiciones habituales no puede ser objeto de tan tensa fijación. En esto, algunas veces, en el rostro del moribundo aparece la expresión del terror, como si estuviera viendo unos monstruos horribles. Otras veces el rostro del moribundo expresa una alegría serena, una paz, una sonrisa silenciosa y leve. Otras veces el rostro, a pesar del asombro que expresa, permanece frío, obtuso e indiferente. Con unas excepciones insignificantes los moribundos no quieren contar absolutamente nada sobre esto no obstante las preguntas insistentes. Habiendo establecido este hecho, y llegado a la generalización que se impone, yo desde entonces, y ya durante varios años, interrogo a los amigos y parientes de uno u otro difunto que lo acompañaron en sus últimos momentos, sobre esta mirada intensa y sorprendente. *Casi no he encontrado excepciones de mi observación*; a veces recibía información incompleta o dudosa, pero no recuerdo excepciones reales ¿Bueno, entonces qué dirán ustedes? ¿No es esto la historia real de la personalidad? ¿No es el destino mítico de la personalidad? Basta ya.

3. Sin embargo, en tercer lugar, el proceso histórico para culminar necesita de un tercer estrato. No basta con que la historia sea un cierto devenir de la consciencia, objeto de una consciencia virtual o real. La historia misma es para sí tanto objeto como sujeto, no el objeto de una consciencia ajena, sino de su *propia consciencia*. La historia es una autoconsciencia en devenir, es decir, una *autoconsciencia* que nace, madura y muere. Este es un estrato dialéctico necesario del proceso histórico. Pues en la historia no encontramos simplemente hechos muertos o hechos simplemente conocidos y comprendidos por alguien de afuera. La historia es, además, la historia de los hechos autoconcientes. Ella es la creación de los hechos *conscientemente* expresivos, donde las cosas particulares entran en el proceso general como precisamente la expresión de su autoconsciencia y su existencia consciente. ¿Pero qué es la autoconsciencia dada creativamente y activamente expresada? Es *la palabra*. En la palabra la consciencia alcanza el grado de la autoconsciencia. En la palabra el sentido se expresa como órgano de la autoconsciencia, y, por lo tanto, de oposición de sí a todo lo demás. La palabra no es sólo la naturaleza comprendida, sino también la naturaleza que se comprendió a sí misma, la naturaleza que es entendida y que a su vez entiende. La palabra es, por consiguiente, el órgano de la auto-organización de la personalidad, la forma del ser histórico de la personalidad. Es por esta razón que sólo en este nivel el proceso histórico alcanza su madurez estructural. Sin la palabra la historia sería sorda y muda como un cuadro que, aunque bien pintado, no comunica nada a nadie, puesto que tampoco existe alguien que lo pueda percibir. El cuadro debe comenzar a hablar un lenguaje auténtico vivo, y alguien debe escucharlo. La historia debe ser no simplemente «pintura», sino también poesía. Ella debe producir no simplemente imágenes y cuadros de los hechos, sino también las *palabras* sobre los hechos. Y aquí encontramos la arena auténtica

para el funcionamiento de la consciencia mítica. La consciencia mítica debe dar las *palabras* sobre los hechos históricos, la *narración* sobre la vida de las personas, y no simplemente su cuadro mudo. El mito es «poético» y no «pictórico». Sin la «poesía», más exactamente sin la palabra, el mito nunca tocaría la profundidad humana de cualquier personalidad. Estaría maniatado para siempre por las formas contemplativo-plásticas y nunca podría expresar aquello de lo que únicamente la palabra es capaz. La palabra es, en principio, *racional* e ideológica, mientras que la imagen y el cuadro son, en principio, contemplativos, visuales, y dan la «idea» sólo en cuanto ella es expresable en lo visual. El mito es mucho más rico. Su «sensorialidad» abarca no sólo formas material-corpóreas, sino también toda índole de formas inteligentes. Es posible un mito puramente inteligente, mientras que para la «pintura» esto sería, en el mejor de los casos, una alegoría floja.

De suerte que *el mito no es un acontecimiento histórico como tal, sino siempre la palabra*. Y en la palabra, el acontecimiento histórico se eleva al grado de la autoconsciencia. Con esta tesis respondemos a la segunda de las aporías planteadas arriba (referentes a la forma de la manifestación de la personalidad en el mito). La personalidad se trata en el mito *históricamente*, y de la historia se toma todo el elemento *verbal*. Esto es justamente la explicación de cómo la personalidad se manifiesta en el mito.

En breve: *el mito es la historia personalizada dada verbalmente*.